



exit

GENTE

Xavier Sardà se va de fiesta

El creador de 'Crónicas marcianas' convocó a los suyos para celebrar los mil programas **Pág. 66**

TELEVISIÓN

El 33 recupera el cine clandestino

'Crónica d'una mirada' reúne material de directores antifranquistas de los 60 y 70 **Pág. 76**

UN CERTAMEN CINEMATOGRAFICO SINGULAR | EL CONTENIDO

Páginas 57 y 58 >>



SERGIO CARO

>> Un grupo de espectadores saharauis, el viernes, durante una proyección de una película española.

El cine español se vuelca con el festival del Sáhara

La muestra acoge con fines solidarios destacados títulos de la filmografía nacional

NACHO PARA
TINDOUF ENVIADO ESPECIAL

Si han tenido que pasar 27 años para que el pueblo saharauí tenga derecho a ver películas en una pantalla grande, ¿cuánto tiempo tendrá que pasar para que obtengan la libertad? Con esta pregunta en el aire concluyó ayer el Físhara, el primer Festival Internacional de Cine del Sáhara, celebrado en Smara, el campamento de refugiados más antiguo del mundo, a 50 kilómetros de Tindouf (Argelia), en el más inhóspito de los desiertos.

Amplificar la voz de la causa saharauí y mitigar la espera ha sido el doble objetivo de la muestra, en la que han participado figuras del cine español (Acheró Mañas, Imanol Uribe, Javier Fesser, Silvia Munt, Alberto San Juan, Julio Medem, Candela

Peña y María Esteve) y suramericano (Javier Corcuera, Jorge Perugorria y María Miró).

Nunca el cine tuvo un público tan puro. Nunca el cine tuvo tanto impacto emocional. Los miles de saharauis exiliados que durante los últimos días se han sentado en la arena frente a una rudimentaria pantalla para ver *El bola*, *Los lunes al sol*, *Solas*, *El milagro de P. Tinto*, *El otro lado de la cama*, *La pelota vasca*, *El viaje de Carol*, *Te doy mis ojos* y *Todo sobre mi madre* han reído y han llorado de una forma que resulta imposible de describir sin apelar a una épica que sonaría falsa en Occidente. «Este festival es importantísimo para los jóvenes, tan hambrientos de comida como de cultura», reflexiona Hiza, una saharauí de 27 años que no había vuelto a ver cine desde que terminó sus estudios en Cuba.

«Yo sé que esto no es suficiente, pero algo es algo», matiza Silvia Munt, una estrella en el Sáhara merced a su participación como actriz en *Los baúles del retorno*, filme sobre la epopeya saharauí, y como directora en *Lalia*, aplaudido corto sobre la vida en los campamentos.

LA CARA MÁS SOBERBIA

A diferencia de algunos personajes del cine español presentes en la muestra, Munt ha estado al pie del cañón durante todo el festival, tan implicada como Pedro Pérez Rosado, director del único estreno real de la muestra, *Cuentos de la guerra saharauí*, que aún no ha llegado a las pantallas españolas. Otros, en cambio, han aprovechado para hacer turismo y han mostrado la cara más soberbia del estrellato.

Abrumados por la hospitalidad

saharauí «es increíble que te den todo cuando en realidad no tienen nada», reflexiona Acheró Mañas, los representantes del cine español han podido vivir una realidad que hasta ahora desconocían. La realidad de un pueblo dialogante, tolerante, culto, extraordinariamente sensible y paciente. Un pueblo ven-

ACHERO MAÑAS, IMANOL URIBE Y JULIO MEDEM FUERON AL FISAHARA

dido a Marruecos por el tardofranquismo y sobre el que España tiene una inmensa deuda hasta ahora no pagada por ninguno de los gobiernos democráticos. «La ayuda internacional, alimenticia o cultural llega gracias a las ONG, pero el Gobierno se lava las manos», recuerda Brahim Kali, delegado del Frente Polis-

ario en España, y cuya misión principal es lograr que esta actitud cambie.

«Lo peor no es no tener nada, sino tener todo el tiempo del mundo para pensar que no tienes nada. Aquí, más que en cualquier otro lugar del globo, el cine cumple un papel de evasión», dice el cineasta Javier Corcuera, director del festival, mientras sorbe el enésimo té. Según Corcuera, ver cine en pantalla grande era un lujo inalcanzable para un pueblo que carece de agua, luz, alcantarillado, teléfono, agricultura y cualquier forma de comercio. Un pueblo sin libertad y sin comida. «Aquí los jóvenes no tenemos nada que hacer. No hay trabajo, no hay lugares de reunión, no hay diversión. Tener tres días de cine es algo tan maravilloso que no lo olvidaremos nunca», sentencia Nanah. ◻